Señor académico Lic. Alfonso Cravioto

El Sr. Académico Lic. Alfonso Cravioto fué Electo Miembro de Número de la Academia Mexicana de la Lengua Correspondiente de la Española

Su discurso de introducción

Sean mis primeras palabras, de gratitud muy cordial para esta insigne Academia, por el honor que recibo al acogerme en su seno como su Miembro de Número.

Soy de una generación que combatió obstinadamente el funesto "Academismo", y continúo creyendo ahora que los de entonces hicimos bien. Nosotros sosteníamos la libertad más completa, dentro del natural equilibrio que requiere el Arte, y rechazábamos lo que por aquel tiempo se llamó la anquilosante receta. Donde esta lucha tuvo caracteres más efectivos fué en la Academia de Bellas Artes, cuando se llegó hasta la creación de las Escuelas de Pintura al Aire Libre, en las que sólo se daba a los alumnos el material necesario para sus prácticas, quedando ellos en plena libertad para exteriorizar su impresión frente al paisaje. El resultado inicial fué halagador por su orginalidad y su completo sincerismo. Y las exposiciones de estos trabajos tuvieron éxito justificado, no sólo aquí sino en todos los países amigos adonde se les exhibió.

Pero la repetición de tales andanzas artísticas fué prueba plena de que el Arte es algo mucho más serio que una mera improvisación. Los estudiantes de las Escuelas al Aire Libre acabaron por irse imitando o copiando unos a otros al resolver determinados problemas técnicos; y las obras, que al principio tuvieron la frescura de lo espontáneo, terminaron por caer en la repetición mediocre de lo insipiente, llevándonos a concluir que la tradición de la Academia es poner, al alcance de todos, la expe-

riencia y los hallazgos que los mejores han ido realizando a través de las centurias; pero sin coartar la libertad individual, para que ésta llegue a florecer en lo que en Arte se llama la Personalidad

Tal es la síntesis ideológica que explica mi presencia, convencida y entusiasta, en esta ilustre corporación, que ha sabido reunir siempre a hombres de los más representativos, constituyendo así la floración más valiosa del pensamiento literario nacional.

Fuéme dado en suerte ocupar la vacante que se produjo con el fallecimiento sensible del muy preclaro Don Luis González Obregón, a quien todos debemos orientaciones muy doctas y realizaciones muy bellas, de mérito perdurable.

Supo Don Luis González Obregón seguir la ruta que trazó Don Ricardo Palma en sus bien famosas Tradiciones Peruanas; pero Don Luis llegó a adaptar el procedimiento a las añosas callejas de nuestra ciudad, dándoles un prístino sabor de conseja que culmina, sobre la urbe antañosa, como esplendente capelo de evocación y de leyenda, que más tarde aumentará en radiaciones vetustas la talismánica pluma del afamado cronista Don Artemio de Valle-Arispe.

Fué Don Luis González Obregón hombre de imperturbable culminancia, que siempre daba la impresión de tranquilo atardecer. Aquella lumínea inteligencia era lo opuesto a la de un orador. No se exteriorizaba con brillo; se especializaba en el matiz, en el tono menor, en la sordina. Pero qué prodigio de suscitación, qué magia de sugerencia la que realizaba. Era como un Nocturno de Chopin que empleara las palabras a la manera de las notas, y articulaba los silencios como un clarín del infinito. El silencio es la voz más sonora del misterio. ¡Alma del silencio, música de Dios!

Debo a Don Luis González Obregón haberme llevado a formar parte de la Academia de la Historia y haberme hecho pensar que esta importante disciplina se encuentra por ahora en sus comienzos. La Historia no sólo debe dirigirse al conocimiento del pasado. La Historia debe proyectarse hacia el futuro. La Historia debe constituir la Astronomía social del porvenir. Y así como la Astronomía actual predice un eclipse, la Historia habrá de predecir un acontecimiento, los hombres no son complicados sino en la manera actual con que se les enfoca. Viéndolo bien, son más nuestras pitadas que las efectivas pitas que nos mueven. La actividad de un hombre está en conseguir lo necesario para su vida, y en alcanzar los objetivos que se propone; y llega hasta sacrificarse por su familia, por su patria, o por su religión. La entremezcla de estos fines constituye la aparente complicación de la conducta humana. Parecen los colores multiplicarse

indefinidamente; pero en realidad sólo hay tres colores fundamentales. Algún día los hombres se darán cuenta completa de esto, con todas sus consecuencias profundas, y la humanidad redimida, alejando sus discordias, encauzará sus destinos hacia el rumbo infinito del amor.

Tócame hoy, por inesperado azar fortuito, ocupar el sillón académico que otrora honraran grandemente el insigne D. Joaquín D. Casasús, y el no menos conspicuo D. Enrique Martínez Sobral. Si Casasús fué modelo de efusión activa y de bondad siempre en obra, Martínez Sobral fué el arquetipo de lo que debe ser un caballero. Dos hombres radiosos que se adueñan de nuestra admiración, pero que antes avasallaron nuestro afecto. Dos excelentes hombres de letras, pero que fueron, sobre todo, economistas.

Allá va Casasús con su cuerpo menudo que apenas puede con su magno espíritu. Le flota la perilla como airón de triunfo, y se le esfuman los ojos acostumbrados a la mirada interior. Va a presidir el Liceo Altamirano, constante siempre en su culto para el indio formidable, o va a pensionar a los jóvenes artistas que en estudio manda a Europa. Lleva en la cartera sus traducciones latinas, y suele aportar a veces sonetos virgilianos. Cátulo es su deleite cuando no lo acapara Stuart Mill. El sabe atesorar las riquezas espirituales con el mismo trazo docto con que delínea la materialidad económica, y pensionando a jóvenes, valiosos, indica noblemente que sobre el oro prima el alma.

Fuí Embajador de México en Guatemala cuando Enrique Martínez Sobral arreglaba la hacienda pública de aquel hermoso país. El, presidía el Club de los Rotarios que me ofreció un agasajo inolvidable, y desde entonces, Martínez Sobral y yo, trabamos intimidad que mucho me honra. Cuán lejos de pensar que al cabo de los años yo habría de sucederle en la Academia.

Era Martínez Sobral de castellana catadura, amplia la frente y barba moderada; con hombros vacilantes que a veces se doblegaban, pero que casi siempre se erguían, de preferencia cuando la línea espiritual marcaba un ascenso, como reclamando el aporte de un pedal subrayante. Su voz tranquila recorría todas las gamas de la expresión; y sus manos solían trazar flúida mímica sugerente. Era como un orador que nunca declamara. Su silla era su silla, y jamás la transformó en tribuna. Pero eso sí, con su calmosa elocuencia, hacía desfilar en su cátedra de lengua nacional, toda la fascinación de las obras que no mueren, y todo el deleite de dar nuevas vivencias a los autores inmortales.

Fué Martínez Sobral el primero, en nuestro tiempo, que abrió las pupilas observantes sobre las realidades económicas de nuestro país, y el primero en desbrozar las peculiaridades de nuestra

individualidad nacional en materias que bajo su aspecto financiero entrañan efectiva modalidad geográfica y racial. Parece que el ambiente en que se vive llega hasta matizar la índole propia de la economía, dándole a ésta características singulares, del mismo modo que la Medicina ha hallado que no hay enfermedades sino enfermos. Y en este su valioso procedimiento de enfocar, Martínez Sobral no sólo fué un maestro que enseña, sino que se estableció como esplendente faro que guía.

El acucioso Abate González de Mendoza fué el primero en acopiar diligente la bibliografía completa de Martínez Sobral que abarca desde obras literarias iniciales y algunas traducciones importantes, hasta sus recias aportaciones económicas: "La Reforma Monetaria en México", "Estudio de Legislación Bancaria", "Principios de Economía, con especial referencia a las condiciones mexicanas", "Compendio de Economía", "La Reforma Monetaria en Guatemala", y "Elementos de Hacienda Pública".

Román Badillo ha escrito certeramente: "Como todo hombre de gran inteligencia, como verdadero sabio, entendió que no lo sabía todo, y que principalmente en materia de ciencias sociales hay la mayor complejidad, variación en el tiempo y en el espacio, y que la más variable de las ciencias sociales y la más inexacta e incompleta, tenía que ser la ciencia económica, porque suscita pugnas formidables de intereses, agitación constante, guerras interiores y exteriores entre los pueblos, luchas intergremiales, y por esta causa siempre estaba dispuesto a oír un ataque razonado a sus propias doctrinas, y cuando era convencido, declaraba ante sus alumnos que para la siguiente edición de su obra de texto en las Escuelas de Derecho, aparecería tal rectificación y ampliación".

Probidad intelectual que exalta a quien la tiene a la categoría de lo superior.

Es la tendencia más fácil y más humana, pretender llegar hasta el dominio de todo, cuando vamos encontrando todavía, con los cada vez más prodigiosos hallazgos de la Ciencia, que acaso la verdad más honda, brotada de boca de hombre alguno, salió de los labios de Sócrates al exclamar: Sólo sé que no sé nada.

Pasamos de la época larga de los átomos a la etapa actual del electrón. Los átomos se han desbaratado en verdaderos sistemas planetarios que guardan, para abajo, en lo pequeño, las mismas proporciones de distancia que hallamos, hacia arriba, en las estrellas. Resulta, pues, que cada hombre es como un universo de electrones, y este universo pequeñísimo tiene fulgor de pensamiento. ¿Por qué no imaginar que el universo verdadero

tenga también un alma y también piense? La intuición de los hombres dice: ¡Dios!

Por la excitación de la luz las células se transforman en ojos. Por la excitación del ascenso la Materia se ha transformado en alma. Y por la excitación de su destino las almas se van transformando en conciencia. Si el alma es el espíritu de la materia, la conciencia es el espíritu del alma: una esencia de esencias y sólo cambia la perspectiva ascensional. La más alta sabiduría tiene como fin trascendente elevarse hasta la suprema ignorancia, pero también hasta la suprema comprensión. Saber, no es nada. Entender, eso es todo. Conciencia, conciencia y más conciencia, cada vez más extensa y cada vez más intensa, este es el medio, este es el objetivo y esta es la finalidad. Adquirir más conciencia; tal es la causa de la perenne inquietud de los hombres que nunca parecen satisfechos. Todo está hecho con Amor, por el Amor y para el Amor, y el destino de todo lo que existe es ascender, ascender, ascender siempre, en una proyección constante de lo inmensurable sobre lo inmensurable hasta elevarnos a la conciencia del pulso perenne de la inmensidad, engendrando en todo momento la infinita armonía universal.